Como un vago tatuaje

Ignacio Padilla

Durante años había querido olvidarlos, había intentado deshacerse del recuerdo de esos hombres a quienes había desvelado todos sus secretos y confiado todas sus manías. Sus reuniones clandestinas y sus contraseñas demasiado obvias, su altanería bajo el disfraz o entre la lluvia, la templanza monacal con que esa torpe cofradía maquillaba su afición a la violencia y al ideal que acabaría por perderlos.

La última vez que supo de ellos, Ylia Borcan había jurado no volver a verlos. Creyó exiliarlos de su memoria y se habituó a no temer ni esperar noticias suyas. Desde entonces su vida había adquirido un ritmo algodonado. Su voluntad de olvido le había vuelto indiferente a la arbitrariedad de la dictadura. En el tiempo que llevaba sin saber nada de sus camaradas, Borcan creía haber alcanzado ese punto de la existencia donde no queda nada que esperar ni

nada de lo cual arrepentirse. Cada mañana, cuando se dirigía a la Biblioteca Central, caminaba como en sueños e imprecando a los archivistas que trabajaban a su cargo con un celo que le causaba franca aversión. Pensaba en ellos y el estómago le daba un vuelco. Recitaba de memoria sus nombres, sus espléndidos promedios en el concurso de oposición, y entre tanto se convencía de que todo aquello era sólo un simulacro para ocultar la sumisión de las nuevas generaciones a la dictadura, que era para ellos la única forma admisible de existencia. Con gusto Borcan los habría despedido a todos para quedarse finalmente solo, encerrado en la sección de incunables, manipulando la cámara de nitrógeno como un científico loco en una mala película de mutantes. Con frecuencia imaginaba que aquella hueste de ineptos era arrasada por uno de esos hongos que pululan en el papel y de los cuales ellos mismos hablaban con terror como la única dictadura de la que era prudente protegerse. Borcan creía que sólo un milagro podría librarle del ingrato deber de imaginar tareas que ellos ya habrían cumplido a la perfección, pues no por nada eran profesionales y vestían como tales, con chaquetones de pana, las manos limpias, el pelo cortado al ras para disimular calvicies parecidas a las del Señor Presidente. Más de uno de sus jóvenes colegas se había hecho operar los ojos en clínicas tan especializadas como ellos, aunque igual usaban gafas diminutas para escudriñar los libros que les devolvían los lectores de aspecto más sospechoso. Lucían corbatines de moño de cuyo anacronismo se envanecían por ser el último

grito de la moda, usaban paraguas con emblemas del partido, tomaban un café improbable que llevaban en termos de color eléctrico, y al beberlo en sus descansos miraban con desprecio a Borcan porque era evidente que éste llevaba aún puesto el sargazo del whisky, el último o el primero del día, según se viera, porque Ylia Borcan, el viejo y lamentable Borcan, a veces leía hasta tarde en su buhardilla, se quedaba dormido e irremediablemente era el último en llegar al trabajo, desaliñado, rebuscando en su memoria una cita en latín, navegando en una resaca que ni el café de los turcos, bebido aprisa a la vuelta de la esquina, lograba despejarle.

Llegaba a la biblioteca con ganas de no haber llegado nunca, y se olvidaba siempre de firmar la entrada. Y cuando pasaba por el detector magnético le invadía una profunda sensación de agravio, miedo a que ese monstruo de mecanismo inescrutable despertase de pronto para devorarle. Más de una vez le había ocurrido hallarse preso en ese umbral tintineante porque la tarde previa había olvidado desmagnetizar un libro que llevaba a casa. En esos casos tenía que padecer la censura afable de los archivistas, que despertaban de su letargo y le miraban como hijos secretamente hartos de la senilidad del padre. De pronto una de las secretarias se ofrecía a desactivar el volumen y él se lo entregaba con la sensación de estar poniendo un niño en las manos de un hipogrifo: manos de uñas larga, olorosas a manicura y tinte para el cabello, manos distintas de las que él y sus compinches vieron, desearon y estrecharon tantas veces desde sus

escondrijos de juventud, en sus sótanos preñados de explosivos y en sus esquinas vigilantes, manos que olían a sexo y pólvora, aun cuando estuvieran a doscientos pasos del automóvil oculto o al lado de un cuartel a punto de estallar. Manos de hembra y camarada, tú me entiendes, querido Jan, que contra el deseo en la juventud no hay entrenamiento ni ideales libertarios que valgan.

Ξ

Paralizado unos instantes en su prisión magnética, Borcan lamentaba haberse puesto en ocasión de que sus colegas le viesen así, impotente, vestido con la ropa del día anterior. A partir de entonces sus horas se prolongaban hasta hacerse insoportables. Trataba de distraerse en sus libros, pero un fardo de postergación sin tregua le distraía de sus lecturas hasta la hora del cierre, cuando al fin podía alejarse de la biblioteca y buscar refugio en la librería *La Siréne*, donde esperaba acompañar un rato a su hermano Jan o cruzar unas palabras con su sobrina Elvira, la única persona en la que aún podía hallar el consuelo de una charla inteligente.

Llegaba casi siempre en punto de las seis. Se sentaba en la trastienda de la librería y emitía un suspiro frente a la boca muda de su hermano: Esto no es vida, Jan. Y mientras hablaba dirigía al

otro anciano una sonrisa cómplice, interponiendo aquí y allá el silencio de quien no aguarda más respuesta que un signo mínimo de reconocimiento, un destello en los ojos idos de un hermano a quien la vejez y la amnesia habían arrojado no hacía mucho en un distanciamiento vegetal al que no era fácil resignarse. El roce de un gato entre los libros, la campanilla que anunciaba la llegada de un cliente ocasional, los gemidos de la radio en una estación muerta envolvían a Borcan mientras citaba dioses e invocaba guerrar griegas, cualquier cosa que sirviese para llenar el vacío de aquel monólogo invariable donde su hermano Jan apenas se estremecía un poco, sonriendo cuando no correspondía, transportado sin remedio a una región de la desmemoria donde nadie sino él tenía cabida.

Eran casi las siete cuando venía a rescatarle su sobrina. Entonces Borcan abandonaba la trastienda para no tener que asistir al penoso espectáculo de una cena de reminiscencias infantiles, la ceremonia del baño y el vaciado de una sonda que pendía junto a la mecedora de su hermano. Por un rato esperaba entre los estantes la vuelta de su sobrina, y al verla llegar le comentaba apresurado la censura de un facsímil o el estado lamentable de un volumen hallado en la biblioteca. Finalmente, acuciado por el toque de queda, se despendía aprehensivo, casi con vergüenza, porque aún no había acabado su jornada y contaba con que el resto de la jornada podría consagrarlo a sus libros. Quizá esa noche podría al fin leer hasta quedarse dormido en

el diván con el único temor de que mañana no hubiese tabaco suficiente para liar el primer cigarrillo el día.

Ξ

El día en que llegó el mensaje de Mavrodin, Ylia Borcan se disponía a leer un tratado de fascinología que su sobrina le había conseguido tras largas diligencias. Pero no había leído el primer epígrafe cuando tocaron el timbre, y Borcan cerró el libro imprecando al invasor. Cuando al fin tuvo el sobre en sus manos, sintió un golpe en el pecho. Casi perdió el aliento al reconocer el tosco emblema de los Invisibles en el ángulo superior derecho del sobre. Cavilando en el recuerdo de esos años, volvió a su buhardilla, se puso las gafas y verificó con un nuevo estremecimiento que Mavrodin o alguno de sus camaradas habían trazado el emblema de los Invisibles escasos centímetros abajo de su propio nombre. Para estar seguro cogió una lente de aumento y sólo entonces pudo distinguir plenamente el tosco dibujo. Las estampillas eran extranjeras y daban al emblema una sugerencia medieval que en otros tiempos le habría hecho gracia, pero que en ese momento le pareció ofensiva, como si todo en aquel sobre, el emblema, su nombre y su muralla de pequeñas fortificaciones postales fuesen la confirmación rotunda de que hay cosas contra las

que no puede nada el olvido ni promesas que uno no puede dejar de cumplir. Por un segundo se engañó pensando que el sobre podría también haberlo enviado Elvira, pero no recordó haber intercambiado con ella sus secretos sobre el modo en que él y su hermano solían comunicarse con sus camaradas. Definitivamente, pensó, aquel signo diminuto sólo tenía significado para él, como podría haberlo tenido para su hermano. Y claro, para cualquiera de los Invisibles, al menos para aquellos que hubieran sobrevivido a la traición, la tortura y la disgregación, o para los pocos que todavía quedaran de aquel tiempo remoto en que no existían ni Elvira ni *La Siréne*, sus años de vocación combustible, cuando él y Jan asistían a las reuniones de los Invisibles en casas periféricas donde planeaban golpes contra edificios públicos, la ejecución de un general, la liberación de un camarada, el asalto a una fábrica de armas. ¿Cuándo tiempo había pasado desde entonces? ¿Por qué ahora, tantos años después, reaparecía Mavrodin en su vida como si no hubieran fracasado ya? La sola idea de revivir sin previo aviso aquellos tiempos impedía a Borcan abrir el sobre. Comenzaba a darse cuenta de que no sólo temía padecer de nuevo los detalles de los últimos días de los Invisibles, la fuga, la clandestinidad, sino que todavía sentía nostalgia de esos tiempos. Los añoraba con el mismo tesón con que ahora aborrecía su propia existencia. Allí, en el fondo, se negaba a aceptar que él mismo no podría jamás volver a ser el de antes. Temía que su lucidez y su capacidad para creer que las cosas podrían ser de otro modo hubiesen sufrido

con los años una lesión irreparable similar a la que había anulado a su hermano: un arrasamiento provocado menos por la enfermedad que por su renuncia a aquellos sueños que había defendido en mejores tiempos.

Decidido, pues, a postergar su encuentro con su pasado, Borcan prefirió seguir revisando los detalles del sobre. Quiso descifrar en la caligrafía de Mavrodin sus secretos, las inflexiones de su ánimo en el caparazón de un cuerpo ahora viejo como el suyo y el de su hermano. Con paciencia de nigromante siguió los ángulos de cada letra, y tuvo la sensación de haberse lanzado a recorrer en automóvil una autopista demasiado agreste. Sin duda, suspiró al fin Borcan, el hombre que había enviado aquel mensaje era Mavrodin, seguía siendo el comandante Mavrodin, y debía estar pasando por uno de esos arranques en los que un hombre sabe ya qué debe hacer aunque se resiste a hacerlo, y luego de dudarlo mucho corre al fin a la oficina de correos para que su carta de venganza deje de quemarle las manos. A pesar del tiempo transcurrido, aquellas líneas no ocultaban una personalidad de huérfano perpetuo, los rasgos del hombre con el cual Borcan y su hermano habían trabajado en los años de la clandestinidad. Aunque oculto o lejano, el remitente de esa carta era el mismo hombre que había redactado con él, mano a mano, incontables informes encriptados que enviaban luego a oficinas sin rostro en Moscú: documentos en clave, censos de armas y polvorines, extensas consideraciones sobre la vulnerabilidad de una

base militar, rutas diarias de miembros del Estado Mayor. Borcan sintió por un momento que en aquellos limitados trazos se encerraba un fragmento crucial de la historia, un era sin embargo extinta, o ya sólo encarnada en su memoria y en la memoria de Mavrodin. Borcan envidió a su hermano Jan: él si podía ahora no recordar, ni sentir nostalgia o deber hacia esos años. En su letargo se habrían disuelto ahora la culpa, la decepción y el resentimiento. En la mente de su hermano, caviló Borcan, no habría cabida para la ira, aunque tampoco para el perdón: un perdón que ni él ni Mavrodin serían capaces, todavía, de conceder ni concederse.

Ξ

Era noche cerrada cuando Borcan renunció a su análisis de la caligrafía de Mavrodin, pues corría el riesgo de embarcarse en nostalgias de las que luego le sería imposible desasirse. Se sirvió un whisky y abandonó el sobre sin abrirlo, clamando su silenciosa vindicación en un cementerio de papeles. Se asomó después al pasillo, aguzó instintivamente el oído y estudió desde ahí los ecos nocturnos del edificio, el pulso íntimo del país entero radiografiado por su mente de mirón profesional y terrorista en retiro. Se contó después cada una de las historias privadas de sus vecinos añadiéndoles detalles que sólo él era capaz de espigar a partir de un

golpeteo, un roce, un gemido, un número preciso de pasos sobre la loseta de un baño. Pensó luego en su hermano, ya no desecho en un rincón de *La Siréne,* sino íntegro todavía, valiente desde que ambos eran niños y jugaban a una guerra que luego jugaron a hacer de veras y muy cruenta. Por instantes Borcan volvió a sentirse claridoso y frío, y creyó que las tenía aún todas consigo. De repente, sin embargo, irrumpió entre sus recuerdos la figura de Mavrodin, ahusado en su desgarbo de eterno adolescente, subiendo despacio la escalera y mirándolo ya desde el umbral de su buhardilla. Lo vio entonces, en mitad de una conversación tan anunciada y a la vez tan álgida que desde un principio les pareció la última: Borcan sin invitarle a pasar y Mavrodin fuera, en el pasillo, diciéndole que nos han traicionado, Ylia, avísale a tu hermano que tenemos que huir. El comandante Mavrodin a punto de caer, apoyando la mano en el barandal y repitiendo: Nos jodieron, Ylia. Y Borcan, bajando al fin la guardia. ¿Quién?, fue lo único que alcanzó a decir entonces. No sabemos, había replicado Mavrodin.

Qué descaro, se dijo años después Ylia Borcan como si hablara con el contenido del sobre y con quien lo habría escrito. Qué necio afán de no apagarse ni resignarse. Tanto tiempo después, carajo, tantos años en los que él mismo había llegado a pensar que Mavrodin había dejado de dolerle, y que nunca sabrían el nombre de quien los había traicionado. Tanto esfuerzo para acomodarse a la imagen de la extinción de cada uno de sus antiguos camaradas. Todo

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

para que ahora un simple dibujo en un sobre le empujara a preguntarse qué habría pasado con los Invisibles, adónde habrían partido los sobrevivientes, que inquietante hallazgo habría reactivado la comunicación de Mavrodin o en qué pensamientos habría visto navegar sus noches de insomnio antes de enviarle aquel mensaje.

Desde ahora Borcan podía apostar que no hallaría en el interior del sobre una carta, ninguna petición de amnistía, ni siquiera un recuento de lo que habría pasado con Mavrodin en los últimos tiempos. El sobre, bien lo sabía él, contendría sólo un pedazo de papel. Un papel ya no cifrado ni escrito con tinta invisible. Y tendría un nombre, uno solo. Si acaso, el nombre vendría acompañado con alguna dirección, o un dato apenas suficiente para que él, Ylia Borcan, alias Kutusov, pudiera ubicar al traidor y eliminarlo. Mavrodin se lo había hecho jurar hacía años, al principio del exilio, cuando se despidieron en un puesto fronterizo. Un día, le había dicho Mavrodin, sabremos quién fue, y tú, camarada Kutusov, lo castigarás, júramelo. Y él, Ylia Borcan, camarada, le había respondido Lo juro, tú encuéntralo, y yo le haré sentir el peso de nuestra rabia, dame un nombre, Mavrodin, y el cobarde pagará con su sangre la sangre de los nuestros.

Ahora, frente a la posibilidad de conocer el nombre que tanto creyó ansiar en otros tiempos, Borcan se daba cuenta de que en algún momento había llegado a desear que el mensaje nunca

llegase. Había esperado que la fatalidad o simplemente el destino hubiesen vuelto imposible que él hontase su promesa. A fuerza de desencantos y de un lento repasar cada uno de los pasos que los habían conducido al desastre, Borcan había llegado a desear que un día Mavrodin le anunciase que el traidor había muerto. Pero los traidores, ya se sabe, no mueren tan pronto ni tan fácil. Y aquel sobre con un papel con un nombre era para Borcan la confirmación de que el traidor aún vivía, y que el celo con que Mavrodin había cumplido su parte del pacto lo obligaba a él a cumplir con la suya ahora que su cuerpo apenas le respondía, ahora que su mente había llegado casi a olvidar la rabia y el sentido del honor que otrora los había llevado a la violencia, a la pasión y, finalmente, a esa marginación de ancianos que debía ser ya algo similar a la muerte.

Quizás Borcan había llegado incluso a desear que el propio Mavrodin hubiese muerto, de modo que ahora no quedase nadie que indagase el nombre del traidor. O nadie que supiera que una tarde de hacía muchos años él había hecho un juramento de venganza que hoy no se sentía con ánimos de cumplir. Había deseado que todos olvidasen el pasado hasta convertirse en extraños. Cuando invocaba su recuerdo de los Invisibles y trataba de ajustarlo al aspecto que todos ellos debían tener ahora, le ganaba el temor de estar atribuyéndoles rasgos que ya no correspondiesen con la realidad. A estas alturas sus antiguos camaradas debían ser para él unos desconocidos, y él para ellos. Habría podido cruzarse en la calle con Mavrodin sin siquiera

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

reconocerlo, o tal vez, se dijo, sólo él habría sido capaz de identificarle cuando le tuviese frente a frente y pudiese percibir algunos de sus gestos imborrables, su modo de hablar o el color de sus ojos, tan negros que alguna vez llegó a decirle que eran imposibles, porque nadie podía tener las pupilas completamente negras ni conservarlas así en la vejez.

Alguien, hacía tiempo, le había dicho que Mavrodin, después del desmembramiento del comando, había sido enviado a una oficina remota en Polonia, donde los años y la desgracia se le habían venido encima con esa brutalidad artera con que la naturaleza castiga a quienes antes bendijo. Pero a Borcan aún le costaba creerlo: aquel infierno de medianía en Polonia discordaba con el carácter de un hombre como Mavrodin. Cerraba los ojos y se preguntaba cómo sería la oficina adonde habrían enviado a su líder por las únicas faltas que habría cometido en su vida, y cómo sería él en esos momentos, expatriado y solitario, consagrado a buscar sólo el nombre de un traidor, desprotegido ya por la misma jerarquía que en otros tiempos le había alistado. ¿Con qué ánimo escribiría ahora Mavrodin sus informes de envidiable lucidez, redactados acaso en un escritorio carcomido o en una oficina vacía? ¿Para quién los escribiría? A Borcan le costaba imaginarlo en una fila de racionamiento, o musitando su venganza en una barraca sitiada por la nieve, alumbrada por esa luz inválida que ilumina los cuadros de algunos pintores rusos, a cuya vista uno no tiene más remedio que intuir la hondura del frío, la soledad de las figuras humanas,

siempre escasas, que parecen huir del sol como culpables de un crimen colectivo y no olvidado. Pensaba en Mavrodin, y su recuerdo le llevaba hasta aquellos cuadros o hasta un poema de Hölderlin donde una catedral es empujada por gigantes hacia un mar de ceniza. En ese cuadro estaba Mavrodin, ácido y vencido, aferrado a una promesa de venganza como única razón para seguir vivo, descifrando para sí un código privado con el que trataría de dar respuesta a sus temores, farfullando como el hombre que habla solo para escucharse a sí mismo, como el espía que se oculta en la penumbra y contempla el bosque donde le espera la muerte, la extinción que él no alcanza a distinguir entre los árboles, la bruma o el relincho de un caballo que se asusta fácilmente cuando intuye la proximidad del rayo.

Quizá de noche, cansado ya de redactar esos informes y de leer periódicos que anunciaban el derrumbe universal de sus quimeras de justicia proletaria, el Mavrodin de su imaginación se tumbaría en un camastro, acaso el mismo o parecido al que en otros tiempos endureció sus vigilias en la clandestinidad, y ahí, sólo ahí, se entregaría primero a su obsesión por hallar a un traidor. Luego se sentiría exultante por haberlo hallado al fin, confiando que en alguna parte otro hombre esperaba su señal, la revelación del nombre al que sería justo aunque ya no necesario ejecutar. Quizá allí mismo, en su camastro, Mavrodin se sentaría a esperar un sobre parecido al que él había enviado días o meses atrás a su camarada Ylia Borcan. Un sobre rubricado con

una señal secreta que habría pasado inadvertida para quien no la conociera, un sobre en cuyo interior habría otro minúsculo pedazo de papel donde él, el camarada Borcan, alias Kutuzov, le anunciara que el traidor había sido ejecutado. Un papel con un doloroso *ya está* o un enconado *misión cumplida,* o simplemente un recorte de periódico con una esquela donde se lamentase la muerte del señor Janacek Borcan, librero de profesión, a quien lloran hoy su hija Elvira y su fiel hermano Ylia. Descanse en paz.

Trampantojo

No confío en el tal Pankovsky. Supongo que estamos a mano: él tampoco confía en mí. Ese tipo va diciendo por ahí que le asusta mi estilo. Francamente, me da igual. Nunca pretendí tener estilo. Como sea, nada lograré con desconfiar de él. Tampoco lograré gran cosa con decírselo al teniente Buonano: de cualquier modo ese Pankovsky seguirá a mi lado hasta que sea demasiado tarde. Quiero decir: demasiado tarde para él. Debo asumir que el teniente Buonano no hará nada al respecto: dice que, de cualquier modo, yo no confío en nadie ni lograré que nunca nadie confíe en mí. Dice también que Pankovsky es demasiado joven para entender mi estilo, o para el caso, el estilo de cualquiera de los veteranos. La verdad, a mí me parece que, aunque fuera un octogenario, Pankovsky no entendería una mierda. Hay gente así en todos los oficios. El problema es que en este oficio particular los Pankovsky del mundo rara vez llegan a viejos: su candor los entumece, las manos les sudan, titubean a la hora de disparar. Y todo eso acaba

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

por matarlos. Luego, encima, le piden a uno que se haga cargo de los funerales. Hay que armar un papeleo de mil diablos y enfrentar el dolor de una madre que rara vez es bella o tolerante. Ésas son las peores: nos miran a los veteranos como si tuviéramos la culpa de la muerte de sus pimpollos, nos reclaman no haber sabido proteger al fruto de sus entrañas, nos aborrecen como si hubiésemos conducido a la muerte a aquel muchacho, ay, dicen, tan bueno que era, y que tenía tanto futuro. Entiéndanlo de una vez, señoras: hombres como sus Pankovsky no tienen futuro en este oficio, no pueden tenerlo.

Algo me consuela saber que el recelo de Pankovsky apenas puede dañarme. Su desconfianza me atormenta menos que la desconfianza que yo estoy obligado a mostrarle. El otro día el teniente Buonano me salió con el cuento ése de que se supone que un colega está ahí para cuidarte las espaldas. Cierto, le dije, se supone que así es, pero vamos, teniente, si le confiara mis espaldas a Pankovsky tampoco yo tendría futuro, ¿o sí? El teniente Buonano tendría que ver ahora mismo a su querido Pankovsky. Si estuviera aquí podría ver cómo le sudan las manos al muchacho. Sí, apostaría que le sudan las manos como a un condenado a muerte. Eso me enfada, desde luego, siempre me ha enfadado. Profundamente. Camino acá Pankovsky me ha preguntado qué se nos ha perdido en el domicilio particular de un Juez de Distrito. No he querido responderle. Luego el muy bestia inquirió si no tendríamos que contar con una orden de registro para ingresar en el

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

departamento. Le he dicho que no suelo responder a preguntas zafias. Si acaso, habría debido responderle con otra pregunta, tendría que haberle preguntado: Dígame, Pankovsky, ¿con qué cargos podríamos haber solicitado una orden de registro para entrar legalmente en casa de un Juez de Distrito? No pregunté eso, preferí decirle: ¿Quién cree usted, Pankovsky, que emite las órdenes de registro? Pankovsky se lo pensó. No le di tiempo para responderme: Pues los Jueces de Distrito, sentencié. Ni más ni menos, muchacho.

Llegados acá, las cosas no han mejorado. A Pankovsky todavía le sudan las manos. Parece que le roba el alma la facilidad con la que hemos forzado los cerrojos del departamento del Juez de Distrito. Desde su puesto de observación junto a la puerta, Pankovsky mira la cerradura como si fuera un animal ponzoñoso. En algún momento me propuso cerrar el departamento mientras buscábamos lo que sea que hemos venido a buscar. No sea imbécil, le he dicho. Vigile usted, Pankovsky, y déjeme hacer mi trabajo.

El departamento se encuentra en el cuarto piso de un lujoso edificio en el centro de la ciudad. Es un edificio antiguo, seguramente construido a la vuelta del siglo. Tiene un frente de cantera amarilla similar a la del Palacio de la Asamblea. No bien entramos en el edificio, Pankovsky se dirigió apresuradamente al ascensor. Lo detuve y le informé que antes que cualquier cosa vamos a saludar al portero. ¿Cómo? ¿Al portero?, inquirió asombrado Pankovsky,

y agregó que, si lo saludábamos, el portero le avisaría al juez que habíamos venido a inspeccionar su departamento. De eso se trata, Pankovsky, le dije. Pero, señor, insistió él, el Juez de Distrito nos denunciará por allanamiento de morada. No, le dije, si tenemos suerte, el juez hará cualquier cosa menos denunciarnos por allanamiento de su puta madre. Esto dicho saludé al portero con familiaridad. Pankovsky calló, sudó y obedeció. Volvimos al ascensor.

El departamento es amplio, ofensivamente amplio. Me sorprende no hallarlo tan ordenado como esperaba. Algo aquí no encaja con la imagen que me he ido haciendo de su dueño a lo largo de las últimas semanas. Quizá el Juez de Distrito se ha vuelto descuidado. Me consuela ver su dejadez como señal de que mis sospechas no son del todo infundadas. Desde los ventanales se ve la ciudad, el boulevard de las jacarandas, el borde del Canal Mayor, las esclusas. En el estudio hay un imponente escritorio de caoba. Dos libreros abarrotados. Sillones de piel. Me acerco a uno de los libreros, leo los títulos mientras Pankovsky sigue sudando como un condenado en la puerta principal, y observando la cerradura como si se tratara de un escorpión. Reconozco obras de Foucault y de Beccaria, un ejemplar raído de *El extranjero*, una edición francesa de *El Conde de Montecristo*. No está mal para un simple Juez de Distrito. Me acerco al escritorio, que está sucio, quiero decir, no lo han sacudido en varios días. Sobre el escritorio descansa un lujoso juego de plumas, un abrecartas dorado, papelería fina que contrasta con un vulgar cuadernillo

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

de hojas desprendibles en las que puede verse el sello de agua de una tienda departamental. Las hojas finas están intactas. Las del cuadernillo, en cambio, están salpicadas de notas. En una de ellas se lee: *Confrontar Expediente de C*, y después una frase escrita y tachada luego con bolígrafo azul. De la frase suprimida sólo se distingue con claridad la palabra *decano* y después otra que podría ser *discípulo* o *escrúpulo*. En la última hoja hay varios círculos que recuerdan los ejercicios caligráficos de un niño pequeño y otras figuras dispersas que sugieren una meditación entre apresurada e iracunda.

Abro el cajón superior del escritorio. ¿Encontró algo?, clama de pronto una voz desde la puerta del departamento. Mierda, es Pankovsky. Lo había olvidado por completo. Parece que el cretino se ha relajado, sólo falta que ahora se ponga a silbar. Intento ignorarlo, vuelvo a mi búsqueda. En el cajón hay algunos recortes de periódico, nada que pueda servirme, y una lata de tabaco y un tubo con aspirinas. ¿Tardará mucho, señor?, insiste el mentecato de Pankovsky. Abro el cajón inferior. Bajo un par de carpetas reconozco los bordes de una pequeña caja de cartón marcada con el sello de la Penitenciaría Estatal. No necesito leer la etiqueta en la tapa para saber cómo llegó hasta allí ni qué contiene: yo mismo se la entregué hace unos días al Juez de Distrito. Ya sé que de eso suelen encargarse los custodios del presidio. Pero el teniente Buonano me debe un par de favores y no ha tenido más remedio que autorizarme a entregar la caja al Juez

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

de Distrito en persona. Nadie mejor que el teniente Buonano puede entender mis razones: me conoce desde la academia y sabe cuánto necesitaba yo verle la cara al juez, por qué necesitaba enfrentarlo, descifrar sus facciones después de tantos días de escrutarlas sólo en fotografías, una sola vez en televisión. De cualquier modo el teniente Buonano procuró disuadirme con la escasa convicción de quien sólo hace su trabajo o procura defender su puesto de las obsesiones y fantasmas de sus subordinados. ¿Por qué no lo deja ya?, me preguntó el teniente aquella tarde en su oficina. El caso está cerrado, añadió. Me encogí de hombros. Cierto, el caso estaba oficialmente cerrado, pero a mí todavía me quedaba algo por hacer. No tenga apuro, teniente, le dije, es sólo que necesito entender algunas cosas. El teniente Buonano me entregó de mala gana la autorización para obtener la caja de cartón. ¿Entender?, bufó. Vaya, pues, dijo. Sólo recuerde que se trata de un Juez de Distrito. Lo sé, teniente, respondí. Un Juez de Distrito, vaya cosa.

La caja de cartón está intacta. Tiene todavía la cinta con que la cerraron los custodios de la penitenciaria después de inventariar su contenido. Probablemente el Juez de Distrito la metió en la gaveta de su escritorio sin siquiera mirarla, como si guardarla fuese un modo de olvidar lo que guardaba. Supongo que en cualquier otro caso aquel acto de rechazo o postergación habría tenido que sorprenderme. No esta vez: desde el día en que le entregué la caja, intuí que el juez no iba a abrirla. No es el tipo de hombre que se entregue sin más a las tentaciones de la nostalgia,

menos aún a la culpa. Su estirpe es otra. Éste es un hombre cerebral, hermético como la caja misma. Nadie que mire y se vista de ese modo querría ahogarse en la congoja del pasado. Nadie capaz de anudarse de ese modo la corbata estaría dispuesto a vulnerarse ni a mezclarse con la ordinaria hueste de padres, esposas o hermanos que abren en seguida las cajas del presidio y extraen llorosos los objetos que antes pertenecieron a sus muertos de ahora: el reloj sin batería, la cartera con billetes que podrían haber salido ya de circulación, el recibo de un boleto de viaje redondo cuya vuelta jamás fue utilizada, las cerillas del motel donde se perpetró el crimen. No es muy distinto el contenido de la caja que tengo frente a mí. Podría enunciarlo ahora mismo. Lo recuerdo tan claramente como recuerdo el rostro del Juez de Distrito cuando se la entregué. Pensé que me despediría con gesto displicente. No fue así. Iba a pedirle al juez que firmase el recibo por la caja cuando me atajó: Usted no viene del presidio, dijo. Asentí, no hacía falta más. Acto seguido el Juez de Distrito me preguntó por qué me habían enviado a mí a entregarle las cosas que pertenecieran a su hermano. Pedí que me dejaran hacerlo, respondí. Conocí bien a su hermano, señoría, estuve a cargo de la investigación de su caso, dije. Esta vez fue él quien asintió. Al cabo de un breve silencio me dijo sin mucha convicción: No entiendo por qué insisten ustedes en investigar el caso de mi hermano, él lo confesó todo desde un principio, dijo. Le expliqué que era precisamente eso lo que me inquietaba: el caso había sido tan sencillo que no podía ser

cierto. En varias ocasiones, le dije, pude hablar con el recluso y estaba convencido de que había pagado las faltas de otra persona. Con todo respeto, señoría, un hombre como su hermano era incapaz de cometer un crimen. No le recordé que aquel pobre se había entregado sin dudarlo a la justicia y había confesado los detalles de su crimen con una precisión que desentonaba con su natural taimado y elusivo. En mi vida he visto muchos asesinos, señoría, y su hermano no era uno de ellos, le dije al Juez de Distrito. No podía serlo, señoría. Añadí a esto que el suicidio de su hermano en la cárcel me parecía menos una revelación de su aptitud para la violencia que la confirmación de su incapacidad para arrancar otra vida que no fuera la suya. El juez no parecía demasiado preocupado por lo que estaba escuchando. ¿Qué más da?, suspiró al fin. En ese momento me habría gustado decirle muchas cosas al Juez de Distrito, pero me limité a preguntarle si sabía que su hermano padecía una enfermedad terminal cuando lo encarcelaron, por lo que de cualquier modo habría muerto al cabo de unos meses en prisión. El Juez de Distrito respondió que lo sabía. ¿Y lo sabía su hermano?, pregunté. Sí, dijo él extendiéndome la mano, también él lo sabía. Eso fue todo.

Desde entonces no he dejado de sentir la mano helada del Juez de Distrito al estrechar la mía. No he dejado de ver sus ojos, tan fríos como su mano. He revisado hasta el cansancio el expediente de su hermano, he estudiado las fotografías del cadáver, su mirada de último

momento, no endurecida por el odio sino suavizada por una suerte de beatitud por el deber cumplido. Por más que lo intento no consigo imaginar a ese desgraciado cometiendo el crimen que él mismo describió con inadmisible lujo de detalles al entregarse. Contra los hechos y las palabras, sólo puedo ver a ese pobre diablo sometido, sujeto a la voluntad y al destino de otros. Así como hay Pankovskys destinados al fracaso, hay otros a quienes la vida sólo deja el talento para ser víctimas o sucedáneos, hombres cuya voluntad sólo puede manifestarse en el propio sacrificio en aras de alguien más. A éste no lo veo dispuesto ni capaz de meterse en un confesionario y disparar a sangre fría sobre el cuerpo indefenso de un anciano sacerdote, como dijo que había hecho. No lo concibo caminando tan tranquilo por la calle para entregarse a la policía. No puedo. Este crimen sólo pudo perpetrarlo una estatua de hielo, alguien con manos y mirada de hielo. Por eso insistí en ver al Juez de Distrito aquella tarde. Por eso estreché aquel día su mano, y por eso estoy aquí ahora.

Aparto la caja y busco a Pankovsky, o mejor dicho, el reflejo de Pankovsky en el espejo del ropero. Se ha sentado en un sillón, cabecea. Cierro de golpe los cajones del escritorio. Pankovsky se sobresalta, pasea la mirada entre la puerta y el estudio. ¿Encontró la prueba, señor?, me pregunta al fin. No diré nada, no vale la pena. ¿Cómo explicarle que en este oficio a veces no se buscan sólo pruebas para incriminar o capturar o exonerar? Cuando un caso se ha cerrado,

algunos permanecemos condenados a seguir buscando aunque no quede más que hacer. Esa es nuestra maldición: necesitar antes una señal que una prueba, buscar un signo que nos permita entender por qué se ha cometido un crimen, y por qué unos han pagado gustosos por el crimen de otros. ¿Cómo decirle a alguien como Pankovsky que si no hallamos esa señal se nos envenena la existencia? Ahora estoy a punto de darme por vencido. Sé que estoy cerca de lo que he buscado en estos días, pero no lo alcanzo. Veo venir la resignación, y le temo. Un poco más, me digo. Entonces lo encuentro: al alzar la vista ha llamado mi atención que no haya cuadros en las paredes. Sólo hay uno, muy pequeño, en el pasillo que une el estudio con el recibidor. Más que un cuadro, es la hoja enmarcada de un anuario donde se ve un grupo de muchachos en una escena escolar. Los muchachos sonríen cobijados por un joven sacerdote. Entre los muchachos reconozco a uno cuyos rasgos me resultan familiares, pero no sabría decir si se trata del Juez de Distrito o de su hermano. Ya está, le grito entonces a Pankovsky. Vámonos.

Bajamos. El portero nos despide con una inclinación de cabeza. Pankovsky todavía le rehúye la mirada. Cruzamos la plaza y tomamos el boulevard de las jacarandas. Damos vuelta sin motivo en una calle muy estrecha que seguramente nos conducirá a algún cafetín mal iluminado. ¿Qué fue lo que encontró, señor?, me pregunta nuevamente Pankovsky. Lo que buscaba, respondo. Pankovsky titubea. Siento un poco de lástima por él, un lío de lástima y desprecio. No sé cuál de

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012

esos dos sentimientos me lleva a decirle: Evidentemente, Pankovsky, por si le interesa saberlo, el Juez de Distrito mató a ese cura hijueputa. Pankovsky se sorprende, palidece, me pregunta cómo lo sé. Le respondo que lo sé porque yo también estudié en un colegio de curas, nada más. ¿Y ahora qué hacemos, señor?, me pregunta Pankovsky debatiéndose contra su propia resignación. Nada, respondo, no haremos absolutamente nada, se ha hecho justicia y ya está. Luego, sin más, nos adentramos en la calle, y siento que de pronto yo también me adentro en los oscuros pasillos del colegio de mi infancia, atemorizado, convocado sin razón aparente a la prefectura, cuando también a mí me sudaban las manos pero era todavía demasiado ingenuo y estaba demasiado solo como para disparar a tiempo y fraguarme algún futuro.

Como un vago tatuaje / Trampantojo, por Ignacio Padilla (México, D.F., 1968)
© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #46 | FEB. - MAR.2012